

“Las ideas fuera de lugar”

Roberto Schwarz (*)

Traducción: Ana Clarisa Agüero y Diego García

Toda ciencia tiene principios de los cuales deriva su sistema. Uno de los principios de la Economía Política es el del trabajo libre. Ahora bien, en el Brasil domina el hecho “impolítico y abominable” de la esclavitud.

Este argumento -resumen de un panfleto liberal contemporáneo de Machado de Assis-¹ ubica al Brasil fuera del sistema de la ciencia. Estábamos más acá de la realidad a la que ésta se refiere; éramos antes un hecho moral, “impolítico y abominable”. Gran degradación, considerando que las ciencias eran la Luces, el Progreso, la Humanidad, etc. Para las artes Nabuco expresa un sentimiento comparable cuando protesta contra la cuestión de la esclavitud en el teatro de Alencar: “Si eso ofende al extranjero, cómo no va a humillar al brasileño!”² Otros autores hicieron naturalmente el razonamiento inverso. Dado que no se refieren a nuestra realidad, las ciencias económicas y demás ideologías liberales son ellas mismas abominables, impolíticas y extranjeras, además de vulnerables. “Antes buenos negros de la costa del África para su felicidad y la nuestra, contra toda la mórbida filantropía británica que, olvidada de su propio linaje, deja morir de hambre al pobre hermano blanco, esclavo sin señor que de él se compadezca, e hipócrita y estúpida llora expuesta al ridículo ante la verdadera filantropía, el destino de nuestro esclavo feliz.”³

Cada uno a su modo, estos autores reflejan la disparidad entre la sociedad brasilera esclavista y las ideas del liberalismo europeo. Avergonzando a algunos e irritando a otros que insisten en su hipocresía, estas ideas -en las que griegos y troyanos no reconocen al Brasil- son referencias para todos. Sumariamente queda montada una comedia ideológica, *diferente de la europea*. Es claro que la libertad de trabajo, la igualdad ante la ley y, de modo general, el universalismo eran también ideología en Europa; pero allá correspondían a las apariencias, encubriendo lo esencial -la explotación del trabajo. Entre nosotros, las mismas ideas serían falsas en un sentido distinto, por así decirlo, original. La Declaración de los Derechos del Hombre, por ejemplo, transcrita parcialmente en la Constitución brasilera de 1824, no sólo no escondía nada, sino que tornaba más abyecta la institución de la esclavitud.⁴ Lo mismo

para la profesada universalidad de los principios que transformaba en escándalo la práctica general del *favor*. ¿Qué valían, en estas circunstancias, las grandes abstracciones burguesas que tanto usábamos? No describían la existencia, aunque no sólo de eso viven las ideas. Reflexionando en la misma dirección, Sergio Buarque observa: “trayendo de países distantes nuestras formas de vida, nuestras instituciones y nuestra visión del mundo y tratando de mantener todo eso en un ambiente muchas veces desfavorable y hostil, somos unos desterrados en nuestra tierra”.⁵ Esta inadecuación de nuestro pensamiento no por casualidad, como se verá, fue de hecho una presencia asidua que atravesó y desequilibró hasta el mínimo detalle la vida ideológica del Segundo Reinado. Frecuentemente ampulosa o pedestre, ridícula o cruda, y sólo ocasionalmente apropiada en el tono, la prosa literaria de la época es uno de los muchos testimonios de eso.

Aún siendo un lugar común en nuestra historiografía, las razones de ese cuadro fueron poco estudiadas en sus efectos. Como es sabido, éramos un país agrario e independiente, dividido en latifundios cuya producción dependía por un lado del trabajo esclavo y por el otro del mercado externo. Más o menos directamente de allí vienen las singularidades que expusimos. Era inevitable, por ejemplo, la presencia entre nosotros de la racionalidad económica burguesa -la primacía del lucro con sus corolarios sociales- dado que dominaba en el comercio internacional, hacia donde nuestra economía se orientaba. La práctica permanente de las transacciones adiestraba, en ese sentido, cuando menos a una pequeña multitud. Más allá de que habíamos alcanzado la independencia poco tiempo atrás, ella fue lograda en nombre de ideas francesas, inglesas y americanas, liberales en diverso grado, que de esa manera formaban parte de nuestra identidad nacional. Por otro lado, con idéntica fatalidad, este conjunto ideológico iba a chocarse contra la esclavitud y sus defensores y, aún más, a convivir con ellos.⁶ En el plano de las convicciones, como vimos, la incompatibilidad es clara. Pero también se hacía sentir en el plano práctico. Siendo una propiedad, un esclavo puede ser vendido pero no despedido. El trabajador libre, en ese sentido, da más libertad a su patrón, además de inmovilizar menos capital. Este aspecto -entre otros- indica el límite que la esclavitud imponía a la racionalización productiva. Comentando lo que veía en una hacienda, un viajero escribe “no hay especialización del trabajo, porque se procura economizar en mano de obra”. Al citar el pasaje, F. H. Cardoso observa que “economía” no se refiere, en este contexto, a hacer el trabajo en un mínimo de tiempo sino en un máximo. Es preciso dilatarlo a fin de ocupar y disciplinar el día del esclavo. Exactamente lo opuesto de lo que era moderno hacer. Fundada en la violencia y en la disciplina militar, la producción esclavista dependía de la autoridad más que de la eficacia.⁷ El estudio racional del proceso productivo, así como su modernización continua, a pesar del prestigio derivado de la revolución que

ocasionaban en Europa, no tenían sentido en Brasil. Para complicar aún más el panorama, hay que considerar que el latifundio esclavista había sido desde su origen un emprendimiento del capital comercial y, por lo tanto, el lucro fue siempre su pivote. Ahora bien, el lucro como prioridad subjetiva es común a las formas anticuadas de capital y a las más modernas. De tal suerte que los incultos y abominables esclavistas fueron hasta cierta etapa -cuando esta forma de producción vino a ser menos rentable que el trabajo asalariado- en lo esencial capitalistas más consecuentes que nuestros defensores de Adam Smith, quienes en el capitalismo encontraban antes que nada la libertad. Se observa que para la vida intelectual el nudo estaba armado. En materia de racionalidad, los papeles se confundían e intercambiaban con frecuencia: la ciencia era fantasía y moral, el oscurantismo era realismo y responsabilidad, la técnica no era práctica, el altruismo implantaba la plusvalía, etc. Y, de manera general, en ausencia del interés organizado de los dominados el conflicto entre humanidad e inhumanidad, por justo que fuese, terminaba encontrando una traducción más vulgar en el conflicto entre dos modos de emplear los capitales -lo que constituía una imagen que convenía a una de las partes.[8](#)

Impugnada en todo momento por la esclavitud, la ideología liberal de las jóvenes naciones emancipadas de América descarrilaba. Sería fácil deducir el sistema de sus contrasentidos, todos verdaderos, muchos de los cuales agitaron la conciencia teórica y moral de nuestro siglo XIX. Ya vimos una colección de ellos. Sin embargo, estas dificultades permanecían curiosamente secundarias. El testimonio de la realidad no parecía importante. Es como si coherencia y generalidad no pesaran mucho, o como si la esfera de la cultura ocupase una posición alterada, cuyos criterios fuesen otros - ¿pero otros en relación a qué?. Con su mera presencia la esclavitud señalaba la inadecuación de las ideas liberales, lo que de momento era menos que orientar su movimiento. Siendo, sin embargo, la relación productiva fundamental, la esclavitud no era el nexo efectivo de la vida ideológica. La clave de esta última era distinta. Para describirla es preciso tomar al país como un todo. Esquemmatizando, se puede decir que la colonización produjo a partir del monopolio de la tierra tres clases de población: el latifundista, el esclavo y el "hombre libre", en realidad dependiente. Entre los primeros dos la relación es clara, es la multitud de los terceros la que nos interesa. Ni propietarios ni proletarios, su acceso a la vida social y a sus bienes depende materialmente del *favor*, indirecto o directo, de un grande.[9](#) El agregado es su caricatura. El favor es, por lo tanto, el mecanismo a través del cual se reproduce una de las grandes clases de la sociedad, mecanismo que involucra al mismo tiempo a otra, la de los que más tienen. Entre estas dos clases se irá desarrollando la vida ideológica, regida en consecuencia por ese mismo mecanismo.[10](#) Así, con mil formas y nombres, el favor atravesó y afectó el conjunto de la existencia nacional,

salvaguardada siempre la relación productiva de base, asegurada por la fuerza. Estaba presente en todos lados, se combinaba con variadas actividades más o menos afines como la administración, la política, la industria, el comercio, la vida urbana, la Corte, etc. Aun las profesiones liberales como la medicina, o las pericias técnica como la tipografía, que, en su concepción europea, no debían nada a nadie, entre nosotros eran gobernadas por él. Así como el profesional dependía del favor para el ejercicio de su profesión, el pequeño propietario dependía de él para la seguridad de sus propiedades y el funcionario para la de su puesto. *El favor es nuestra mediación casi universal* -y siendo más simpático que el vínculo esclavista, la otra relación heredada de la colonia, es comprensible que los escritores basaran en él sus interpretaciones del Brasil, disfrazando involuntariamente la violencia que siempre reinó en la esfera de la producción.

La esclavitud desmiente las ideas liberales; pero insidiosamente el favor, tan incompatible con ellas como el primero, las absorbe y disloca, originando un modelo particular. El elemento de arbitrariedad, el juego fluido de estima y auto-estima al que el favor subordina el interés material, no puede ser completamente racionalizado. En Europa, al atacar estos elementos el universalismo había enfrentado el privilegio feudal. En el proceso de su afirmación histórica la civilización burguesa postulará la autonomía de la persona, la universalidad de la ley, la cultura desinteresada, la remuneración objetiva, la ética del trabajo, etc., contra las prerrogativas del *Ancien Régime*. El favor, punto por punto, practica la dependencia de la persona, la excepción a la regla, la cultura interesada, la remuneración y los servicios personales. No obstante, no éramos a Europa lo que el feudalismo al capitalismo; por el contrario, éramos sus tributarios en todo sentido, más allá de que no en términos propiamente feudales -la colonización es un hecho del capital comercial. Dado el apogeo que vivía Europa y la posición relativa en que estábamos nosotros, nadie en Brasil tenía la idea ni, fundamentalmente, la fuerza de ser, digamos, un Kant del favor para enfrentarse a otro.¹¹ De modo que la confrontación entre esos principios tan antagónicos resultaba desigual: en el campo de los argumentos prevalecían con facilidad o, mejor, adoptábamos con avidez los que la burguesía europea había elaborado contra la arbitrariedad y la esclavitud; mientras que en la práctica, generalmente entre los propios contendientes, el favor -sustentado en el latifundio- reafirmaba sin descanso los sentimientos y las nociones que implicaba. Lo mismo pasa en el plano de las instituciones, por ejemplo con la burocracia y la justicia, que aún regidas por el clientelismo, proclamaban las formas y teorías del estado burgués moderno. Más allá de los debates lógicos este antagonismo produjo, por lo tanto, una coexistencia estable que vale la pena estudiar. Allí reside la novedad: *adoptadas las ideas y razones europeas, éstas podían servir y muchas veces servían, de*

justificación nominalmente "objetiva" para la arbitrariedad propia del favor. Sin perjuicio de existir, el antagonismo se desvanece y los contrarios se reconcilian. Esta recomposición es capital. Sus efectos son muchos y datan de un largo tiempo en nuestra literatura. El liberalismo pasa de ser la ideología que había sido -esto es, engaño involuntario y bien fundado en las apariencias- a ser, a falta de otro término, prueba deliberada de una variedad de prestigios con los que no tenía nada que ver. Al legitimar la arbitrariedad por medio de alguna razón "racional", el favorecido concientemente se engrandece a sí mismo y a su benefactor, que a su vez no ve, en esa época de hegemonía de las razones, motivo para desmentirlo. En estas condiciones, ¿quién creía en la justificación? ¿A qué apariencia correspondía? Más precisamente, no era ése el problema pues todos reconocían -y esto sí era importante- la intención loable, sea del agradecimiento, sea del favor. La compensación simbólica podía desentonar un tanto, pero no era mal recibida. Por otra parte, podía ser poco acorde respecto del Liberalismo, que era secundario, y apropiada en relación al favor, que era lo principal. Nada mejor, para dar brillo a las personas y las sociedades que formaban, que las ideas más ilustres de ese tiempo, para el caso, las europeas. En este contexto, por lo tanto, las ideologías no describen siquiera falsamente la sociedad y no gravitan según una ley que les sea propia -por eso las llamamos de segundo grado. Su regla es otra, diferente de lo que denominan; es del orden del relieve social, en detrimento de su intención cognitiva y sistemática. Deriva sosegadamente de lo obvio, conocido por todos -de la inevitable "superioridad" de Europa- y se vincula al momento expresivo, de autoestima y fantasía que existe en el favor. En este sentido decíamos que la evidencia de realidad y de coherencia no parecía decisiva, sin perjuicio de estar siempre presente como exigencia reconocida, evocada o suspendida conforme a las circunstancias. Así, metódicamente, se atribuía independencia a la dependencia, utilidad al capricho, universalidad a las excepciones, mérito al parentesco, igualdad al privilegio, etc. Combinándose en la práctica con aquello que en teoría sería su objeto de crítica, el Liberalismo hacía que el pensamiento trastabillara. Retengamos para analizar más adelante la complejidad de ese paso: al tornarse un despropósito, estas ideas también dejaban de engañar.

Es claro que esta combinación fue una entre otras. Para nuestro clima ideológico, sin embargo, fue decisiva más allá de ser aquella en que los problemas se configuraban de la manera más completa y diferente. Por ahora basten algunos aspectos de esta combinación. Ya vimos que en ella las ideas de la burguesía -cuya sobria grandeza se remonta al espíritu público y racionalista de la Ilustración- tenían la función de ... ornato y marca de hidalguía: atestiguan y festejan la participación en una esfera augusta, en este caso la de la Europa que se ... industrializa. El malentendido de las ideas no podía ser mayor. La novedad del caso no está en el carácter ornamental del saber y de

la cultura, de tradición colonial e ibérica, está en la disonancia increíble que ocasionan al saber y a la cultura de tipo "moderno" cuando son ubicadas en este contexto. ¿Son inútiles como un adorno? ¿Son brillantes como una insignia? ¿Serán nuestra panacea? ¿Nos avergüenzan ante el mundo? O es más cierto que, en las idas y vueltas de argumentos de intereses, todos estos aspectos tuvieron ocasión de manifestarse, de modo que en la conciencia de los más atentos debían estar ligados y mezclados. Inextricablemente la vida ideológica degradaba y premiaba a sus participantes, entre los cuales muchas veces había claridad sobre eso. Se trataba, por lo tanto, de una combinación inestable, que fácilmente degeneraba en hostilidad y en críticas de las más crudas. Para mantenerse, precisa de complicidad permanente, complicidad que la práctica del favor tiende a garantizar. En el momento de la prestación y de la contraprestación -particularmente en el instante clave de reconocimiento recíproco- a ninguna de las partes le interesa denunciar a la otra, aún teniendo en todo momento los elementos necesarios para hacerlo. Esta complicidad siempre renovada tiene correlatos sociales más profundos, que le dan un carácter de clase: en el contexto brasileiro el favor garantizaba a las dos partes, en especial a la más débil, que ninguna era esclava. Aún el más miserable de los favorecidos reconocía en el favor su libre persona, lo que transformaba la prestación y contraprestación, por modestas que fuesen, en una ceremonia de superioridad social valiosa en sí misma. Condicionado por la infinita dureza y degradación que conjuraba -o sea la esclavitud, de la que las dos partes se beneficiaban y respecto de la cual marcaban su diferencia- este reconocimiento es una connivencia sin límites, multiplicada por el uso del vocabulario burgués de la igualdad, del mérito, del trabajo, de la razón. Machado de Assis será maestro en estos asuntos. Con todo, se ve también el otro lado. Inmersos como estamos, aún hoy, en el universo del Capital, que nunca llegó a tomar una forma clásica en el Brasil, tendemos a ver esta combinación como íntegramente desventajosa para nosotros, compuesta sólo de defectos. Ventajas no debe haber tenido; pero para apreciar debidamente su complejidad se debe considerar que las ideas de la burguesía, al principio enfrentadas al privilegio, a partir de 1848 se habían vuelto apologéticas: la ola de luchas sociales en Europa mostrará que la universalidad disfraza antagonismos de clase.¹² Por lo tanto, para retener su tono ideológico, es preciso considerar que nuestro inadecuado discurso también lo era cuando se lo usaba apropiadamente. Puede observarse, de paso, que este patrón se repetiría en el siglo XX, cuando en varias ocasiones juramos, creyentes de nuestra modernidad, siguiendo las ideologías más tristes de la escena mundial. Para la literatura, como veremos, de allí resulta un laberinto singular, una especie de vacío dentro del vacío. También aquí Machado será el maestro.

En suma, si insistimos en el sesgo que la esclavitud y el favor introdujeron en las ideas de la época, no fue para descartarlas sino para describirlas en tanto sesgadas -fuera de centro en relación con la exigencia que ellas mismas propugnan, y reconociblemente nuestras por esa misma cualidad. Así, dejado de lado el razonamiento sobre las causas, queda en la experiencia aquel “desconcierto” que fue nuestro punto de partida: la sensación que Brasil da de dualismo y artificio -contrastes reverberantes, desproporciones, disparates, anacronismos, contradicciones, conciliaciones o lo que fuera- combinaciones que el Modernismo, el Tropicalismo y la Economía Política nos enseñaran a considerar.¹³ No faltan ejemplos. Veamos algunos, menos para analizarlos que para indicar la ubicuidad del cuadro y la variación de la que es capaz. En la revistas de la época la presentación, seria o jocosa, del número inicial está compuesta para bajo y falsete: en la primera parte se afirma el propósito redentor de la prensa en la tradición de combate de la Ilustración; la gran secta fundada por Gutemberg afronta la indiferencia general, en las alturas el cóndor y la juventud vislumbran el futuro al mismo tiempo que rechazan el pasado y los preconceptos; en cuanto a la luz regeneradora del Diario, deshace las tinieblas de la corrupción. En la segunda parte, adecuándose a las circunstancias, las revistas declaran su disposición a “dar a todas las clases en general y particularmente a la decencia de las familias, un medio de grata instrucción y ameno recreo”. La intención emancipadora se confunde con charadas, unidad nacional, figurines, conocimientos generales y folletines.¹⁴ Caricatura de esta secuencia son los versos que sirven de epígrafe a *Marmota en la Corte*: “Es la marmota/ Bien variada/ Para ser por todos/ Siempre estimada.// Dice la verdad/ Dice lo que siente/ Ama y respeta/ A toda la gente”. Si, en otro campo, raspamos un poco en nuestros muros, encontramos el mismo efecto de cosa compuesta: “La transformación arquitectónica era superficial. Sobre las paredes de tierra, levantadas por esclavos, se pegaban papeles decorativos europeos o se aplicaban pinturas, de manera de crear la ilusión de un ambiente nuevo, como el interior de las residencias de los países en industrialización. En ciertos casos, la simulación llegaba al absurdo: se pintaban motivos arquitectónicos greco-romanos -pilastras, arquivadas, columnatas, frisos, etc.- con un uso perfecto de la perspectiva y las sombras, sugiriendo una ambientación neoclásica jamás realizable con las técnicas y materiales locales. En otros casos, se pintaban ventanas en las paredes con vistas de Río de Janeiro o de Europa, sugiriendo un exterior remoto, ciertamente diferente del real, de las *senzalas*, esclavos y terrenos de servicio”.¹⁵ El párrafo se refiere a casas rurales en la provincia de San Pablo, en la segunda mitad del siglo XIX. En cuanto a la corte: “La transformación atendía al cambio de costumbres, que incluía ahora el uso de objetos más refinados, de cristales, lozas y porcelana, y formas de comportamiento ceremonial como las maneras formales de servir la mesa. Al mismo tiempo, confería al conjunto que procuraba reproducir la vida de las

residencias europeas una apariencia de veracidad. De este modo, los estratos sociales que más beneficios obtenían de un sistema económico basado en la esclavitud y dirigido exclusivamente a la producción agrícola, procuraban crear, para su uso, artificialmente, ambientes con características urbanas y europeas, cuya operación exigía el alejamiento de los esclavos y donde todo, o casi todo, era producto de importación”.¹⁶ Esta comedia se encuentra reflejada en los notables capítulos iniciales de *Quincas Borba*. Rubião, heredero reciente, es obligado a cambiar su esclavo criollo por un cocinero francés y un criado español, sobre los cuales no alberga expectativas. Más allá del oro y la plata, sus metales preferidos, aprecia ahora las estatuillas de bronce -un Fausto y un Mefistófeles- que son también de valor. Materia más solemne, pero igualmente marcada por el tiempo, es la letra de nuestro himno a la República, escrita en 1890 por el poeta decadentista Medeiros y Albuquerque. Emociones progresistas que carecían de naturalidad: “Nosotros no creemos que esclavos otrora/ Haya habido en tan noble país!” (otrora es dos años antes, dado que la Abolición data del ‘88). En 1817, en una declaración del gobierno revolucionario de Pernambuco, el mismo tono con intenciones opuestas: “Patriotas, vuestras propiedades, aún las que más contradicen el ideal de justicia, serán sagradas”.¹⁷ Se refiere a los rumores de emancipación que era preciso desacreditar para calmar a los propietarios. También la vida de Machado de Assis es un ejemplo, en el cual se suceden rápidamente el periodista combativo, entusiasta de las “inteligencias proletarias, de las clases inferiores”, autor de crónicas y cuadros conmemorativos con ocasión del casamiento de las princesas imperiales y, finalmente, el Caballero y más tarde Oficial de la Orden de la Rosa.¹⁸ Contra todo eso se pronuncia Silvio Romero. “Es menester fundar una nacionalidad conciente en sus méritos y defectos, de su fuerza y de sus debilidades y no organizar un pastiche, un remedo de *judas* de las fiestas populares que sólo sirve para vergüenza nuestra a los ojos del extranjero. (...) Sólo un remedio existe para tamaño *desideratum*: -zambullámonos en la corriente vivificante de las ideas naturalistas y monistas, que van transformando al viejo mundo”.¹⁹ La distancia es tan clara que causa gracia la sustitución de un remedo por otro. Pero es también dramática, porque señala cuánto era ajeno al lenguaje en el cual se expresaba, inevitablemente, nuestro deseo de autenticidad. Al pastiche romántico le sucedería el naturalista. En fin, nuestras revistas, nuestras costumbres, nuestras casas, nuestros símbolos nacionales, nuestros pronunciamientos de revolución, nuestra teoría y todo lo demás, siempre tiene la misma composición “arlequinal”, para decirlo con palabras de Mário de Andrade: el desacuerdo entre la representación y lo que, pensándolo bien, conocemos como su contexto. Consolidada por su gran papel en el mercado internacional, y más tarde en la política interna, la combinación de latifundio y trabajo compulsivo atravesó impávida la colonia. Reinados y Regencias, Abolición, la Primera República, son hoy misma materia

de controversia y enfrentamientos.²⁰ El ritmo de nuestra vida ideológica, en tanto, fue otro, también determinado por la dependencia del país: a distancia acompañaba los pasos de Europa. Se puede advertir, de paso, que es la ideología de la independencia la que va a transformar en defecto esta combinación; ingenuamente, cuando insiste en la imposible autonomía cultural y profundamente cuando reflexiona sobre el problema. Tanto la eternidad de las relaciones sociales de base cuanto la ligereza ideológica de las “elites” eran parte -en lo que nos interesa- de la gravitación de este sistema, por así llamarlo, solar y ciertamente internacional que es el capitalismo. En consecuencia, un latifundio poco modificado vio pasar las maneras barroca, neoclásica, romántica, naturalista, modernista y otras que en Europa acompañaron y reflejaron transformaciones inmensas en el orden social. Sería de suponer que aquí perdiesen su justeza, lo que en parte ocurrió. Sin embargo, vimos que es inevitable este desajuste, al cual estábamos condenados por la máquina del colonialismo y al cual, para que ya quede indicado su alcance más que nacional, estaba condenada la misma máquina cuando nos producía. Se trata en fin de un secreto muy conocido, aunque precariamente teorizado. Para las artes, por tomar un caso, la solución parece más fácil, porque siempre hubo un modo de adorar, citar, imitar, saquear, adaptar o devorar todas estas maneras y modas, de modo que reflejasen en su falla la especie de tortícolis cultural en la que nos reconocemos. Pero, volvamos atrás. En resumen, las ideas liberales eran impracticables y al mismo tiempo indispensables. Fueron puestas en una constelación especial, una constelación práctica que formó un sistema que no dejaría de afectarlas. Por eso poco ayuda insistir en su clara falsedad, más interesante es acompañarlas en el movimiento del cual ella, la falsedad, es parte verdadera. Vimos el Brasil, bastión de la esclavitud, avergonzado delante de ellas -las ideas más adelantadas del planeta o casi, pues el socialismo estaba al orden del día- y rencoroso, porque no servían para nada. Pero eran adoptadas también con orgullo, de forma ornamental, como prueba de modernidad y distinción. Y naturalmente fueron revolucionarias cuando pesaron en el Abolicionismo. Sometidas a la influencia del lugar, sin perder las pretensiones de origen, gravitaban siguiendo una nueva regla, cuyas gracias, desgracias, ambigüedades e ilusiones eran también singulares. Conocer el Brasil era saber de estos dislocamientos, vividos y practicados por todos como una especie de fatalidad, para los cuales en tanto no había nombre, pues la utilización impropia de los nombres era su naturaleza. Ampliamente sentido como defecto, bien conocido pero poco pensado, este sistema de inadecuaciones ciertamente rebajaba lo cotidiano de la vida ideológica y disminuía las chances de reflexión. Con todo, facilitaba el escepticismo en el plano de las ideologías, en ocasiones completo y relajado, y compatible además con mucha palabrería. Levemente exacerbado dará una fuerza espantosa a la visión de Machado de Assis. Ahora bien, el fundamento de este

escepticismo no descansa seguramente en la reflexiva exploración de los límites del pensamiento liberal. Está, si se puede decir, en el punto de partida intuitivo que nos dispensaba del esfuerzo. Inscriptas en un sistema al que no describen ni en apariencia, las ideas de la burguesía veían invalidada, ya desde el inicio, por la evidencia diaria sus pretensiones de abarcar la naturaleza humana. Si eran aceptadas lo eran por razones que ellas mismas no podían aceptar. En lugar de aparecer como horizonte, lo hacían sobre un fondo más vasto que las relativizaba: las idas y vueltas de la arbitrariedad y del favor. Se legitimaban en base a su intención universal. Así, lo que en Europa sería una verdadera hazaña de la crítica, entre nosotros podía ser la simple falta de fe de un cualquiera para quien utilitarismo, egoísmo, formalismo, y lo que sea, son ropajes entre otros, si bien de época, innecesariamente ajustados. Se observa que este suelo social tiene consecuencias para la historia de la cultura: una gravitación compleja en la que frecuentemente se repite una constelación en la cual la ideología hegemónica de Occidente juega un papel irrisorio, el de una locura entre otras. Lo que es también un modo de indicar el alcance mundial que tienen y pueden tener nuestras rarezas nacionales. Algo comparable, quizás, a lo que sucedía en la literatura rusa. Frente a ella, hasta las mayores novelas del realismo francés parecen ingenuas. ¿Por qué razón? Justamente porque, a despecho de su pretensión universal, la psicología del egoísmo racional, así como la moral formalista, producían en el Imperio Ruso el efecto de una ideología “extranjera”, y por lo tanto localizada y relativa. Desde el seno de su atraso histórico, el país imponía a la novela burguesa un cuadro más complejo. La figura caricaturizada del occidentalizante, francófilo o germanófilo, de nombre frecuentemente alegórico y ridículo, los ideólogos del progreso, del liberalismo, de la razón, eran todas formas de traer a escena la modernización que acompaña al Capital. Estos hombres esclarecidos se muestran alternativamente lunáticos, ladrones, oportunistas, crueles, vanidosos, parásitos, etc.. El sistema de ambigüedades ligado al uso local del ideario burgués - una de las claves de la novela rusa- puede ser comparado al que describimos para Brasil. Son evidentes las razones sociales de la semejanza. También en Rusia la modernización se perdía en la inmensidad del territorio y de la inercia social, chocaba con la institución servil y sus secuelas -choque experimentado como inferioridad y vergüenza nacional por muchos, sin perjuicio de dar a otros un criterio para medir el desvarío del progresismo y del individualismo que Occidente imponía e impone al mundo. En la exacerbación de este conflicto, en que el progreso es una desgracia y el atraso una vergüenza, está una de las raíces profundas de la literatura rusa. Sin forzar demasiado una comparación desigual, hay en Machado -por las razones que sumariamente procuré apuntar- una veta semejante, algo de Gogol, Dostoievski, Gontcharov, Chéjov y de otros tal vez, que no conozco.[21](#) En suma, la propia descalificación del pensamiento entre nosotros, que tan

amargamente sentíamos y que todavía hoy asfixia al estudioso de nuestro siglo XIX, era una punta, un punto neurálgico por donde pasa y se revela la historia mundial.[22](#)

A lo largo de su reproducción social, incansablemente, el Brasil pone y repone ideas europeas, siempre en sentido impropio. Es en esta calidad que ellas serán materia y problema para la literatura. El escritor puede no saber eso, ni lo precisa para usarlas. Pero sólo alcanza una resonancia profunda y afinada en caso de que sienta, registre y desdoble -o evite- el descentramiento y la discordancia. Si hay un número indefinido de maneras de hacerlo son palpables y definibles las contravenciones. En éstas se registra como ingenuidad, charlatanería, estrechez, servilismo, grosería, etc., la eficacia específica y local de una alienación de gran alcance -la falta de transparencia social impuesta por el nexo colonial y por la dependencia que le sucedió. Dicho esto, el lector queda sabiendo poco de nuestra historia literaria en general y no identifica a Machado de Assis. ¿De qué le sirven entonces estas páginas? En vez del “panorama” y de la idea correlativa de impregnación por el ambiente, siempre sugestiva y verdadera pero siempre vaga y externa, intenté una solución diferente: especificar un mecanismo social en la forma en que éste se vuelve un elemento interno y activo de la cultura: una dificultad insoslayable -tal como el Brasil la planteaba y replanteaba a sus hombres cultos en el proceso mismo de su reproducción social. En otras palabras, una especie de suelo histórico, analizado, de la experiencia intelectual. Por una cuestión de orden procuré ver en la gravitación de las ideas un movimiento que nos singularizaba. Partimos de la observación común, casi una sensación, de que en Brasil las ideas estaban descentradas en relación a su uso europeo. Y presentamos una explicación histórica para ese dislocamiento que comprendía las relaciones de producción y el parasitismo en el país, nuestra dependencia económica y su par, la hegemonía intelectual de Europa, revolucionada por el Capital. En suma, para analizar una originalidad nacional, sensible en lo cotidiano, fuimos llevados a reflexionar sobre el proceso de colonización en su conjunto, que es internacional. El tic-tac de las conversiones y las reconversiones del liberalismo y el favor, es el efecto local y opaco de un mecanismo planetario. Ahora bien, la gravitación cotidiana de las ideas y de las perspectivas prácticas es la materia inmediata y natural de la literatura desde el momento en que las formas fijas habían perdido su vigencia para las artes. Por lo tanto, es el punto de partida también de la novela, más aún de la novela realista. Así, lo que estuvimos describiendo es la forma exacta con que la historia mundial, de manera estructurada y cifrada en sus resultados locales, siempre replanteados, pasa al interior de la escritura, en la que ahora influye por vía interna -lo sepa o no, lo quiera o no el escritor. En otras palabras, definimos un campo vasto

y heterogéneo pero estructurado, que es *resultado* histórico y puede ser *origen* artístico. Al estudiarlo vimos que difiere del europeo aunque use su vocabulario. Por lo tanto la propia diferencia, la comparación y la distancia, forman parte de su definición. Se trata de una diferencia interna -el descentramiento del que tanto hablamos- en que las razones nos parecen ora nuestras, ora ajenas, bajo una luz ambigua de efecto incierto. Resulta una química también singular, cuyas afinidades y repulsiones acompañamos y ejemplificamos en parte. Es natural, por otro lado, que ese material proponga problemas originales a la literatura que de él depende. Sin adelantarnos por ahora, digamos sólo que, al contrario de lo que generalmente se piensa, la materia del artista muestra así no ser informe: es históricamente formada y registra de algún modo el proceso social al que debe su existencia. Al formarla, por su lado, el escritor superpone una forma a otra forma y es del éxito de esta operación, de esta relación con la materia preformada -en la que imprevisible dormita la Historia-, que van a depender la profundidad, fuerza y complejidad de los resultados. Son relaciones que nada tienen de automático y veremos en detalle cuánto costó, entre nosotros, combinarlas para la novela. Se observa, volviendo una vez más sobre el mismo tema, que aún lidiando con nuestro modesto tic-tac de día-a-día y sentado en el escritorio en un punto cualquiera del Brasil, nuestro novelista siempre tuvo como materia, que ordena como puede, cuestiones de la historia mundial; y que no las trata, si las trata directamente.

Notas

(*) Publicado originalmente bajo el título de “As idéias fora do lugar” en *Estudos*, CEBRAP, nº 3, 1973 y como primer capítulo de *Ao vencedor as batatas*, San Pablo, Duas cidades, 1977, pp. 13 a 28; versión en la cual se basa esta traducción. La inclusión de la presente traducción en este número de la revista *Modernidades* tiene por único objetivo facilitar el acceso a un texto importante y que hasta hace un tiempo era de difícil consulta. En ese sentido, su naturaleza es ante todo la de una primera traducción que sacrifica en gran medida un trato más refinado de la lengua. El texto ha sido traducido, compilado y publicado en impreso con el debido cuidado en Adriana Amante y Florencia Garramuño, *Absurdo Brasil. Polémicas en la cultura brasileña*, Buenos Aires, Biblos, 2000 [Nota de los traductores] [volver al texto](#)

(1) A. R. De Torres Bandeira, “¿A liberdade do trabalho e a concorrência, seu efeito, são prejudiciais à classe operária?”, en *O Futuro*, nº IX, 15 de enero de 1863. Machado era un constante colaborador de esta revista. [volver al texto](#)

(2) *A polémica Alencar-Nabuco, organización e introducción de Afrânio Coutinho*. Ed. Tempo Brasileiro, R.J., 1965, p. 106. [volver al texto](#)

(3) Declaración de una firma comercial, M. Wright & Cía., con respecto a la crisis financiera de los años 50. Citado por Joaquim Nabuco, *Um Estadista do Império*, S. P., 1936, vol. I, p. 188, y retomado por S. B. de Holanda, *Raízes do Brasil*, J. Olimpio, R. J., 1956, p. 96. [volver al texto](#)

(4) E. Viotti da Costa, “Introdução ao estudo da emancipação política”, en C. G. Mota ed. *Brasil em Perspectiva*, Difusão Européia do Livro, S. P., 1968. [volver al texto](#)

(5) S. B. de Holanda, *op. cit.*, p. 15. [volver al texto](#)

(6) E. Viotti da Costa, *op. cit.* [volver al texto](#)

(7) F. H. Cardoso, *Capitalismo e Escravidão*, Difusão Européia do Livro, S. P., 1962, pp. 189-195 y 198. [volver al texto](#)

(8) Según observa Felipe de Alencastro en un trabajo aún inédito, la verdadera cuestión nacional de nuestro siglo XIX fue la defensa del tráfico negrero contra la presión inglesa. Una cuestión que no podía ser menos propicia al entusiasmo intelectual. [volver al texto](#)

(9) Para una exposición más completa de la cuestión, Maria Sylvia de Carvalho Franco, *Homens Livres na Ordem Escravocrata*, Instituto de Estudos Brasileiros, S. P., 1969. [volver al texto](#)

(10) Sobre los efectos ideológicos del latifundio, ver el capítulo III de *Raízes do Brasil*, “A herança rural”. [volver al texto](#)

(11) Como observa Machado de Assis, en 1879, “el influjo externo es el que determina la dirección del movimiento; no existe por ahora en nuestro ambiente la fuerza necesaria para la invención de doctrinas nuevas”. Cfr. “A nova geração”, *Obra Completa*, Aguilar, R. J., 1959, vol. III, pp. 826-827. [volver al texto](#)

(12) G. Lukács, “Marx und das Problem des Ideologischen Verfalls”, en *Probleme des Realismus*, Werke, vol. 4, Luchterhand, Neuwied. [volver al texto](#)

(13) Explorada en otra línea, la misma observación se encuentra en Sergio Buarque: “Podemos construir obras excelentes, enriquecer nuestra humanidad de aspectos nuevos e imprevistos, elevar a la perfección el tipo de civilización que representamos: lo cierto es que todo el fruto de nuestro trabajo y de nuestra pereza parece

participar de un sistema de evolución propio de otro clima y de otro paisaje”. *Op. cit.*, p. 15. [volver al texto](#)

(14) Ver el “Prospecto” de *O Espelho, Revista semanal de literatura, moda, indústrias e arte*, Tipografía de F. De Paula Brito, R. J., 1859, nº 1, p. 1; “Introdução” de la *Revista Fluminense, semanário noticioso, literario, científico, recreativo, etc., etc.*, año 1, nº 1, noviembre de 1868, pp. 1 y 2; *A Marmota na Corte*, Typ. De Paula Brito, nº 1, 7 de septiembre de 1840, p. 1; *Revista Ilustrada*, publicada por Angelo Agostini, R. J., 1-I-1876, nº 1; “Apresentação” de *O Bezouro, folha humorística e satírica*, 1º año, nº 1, 6 de abril de 1878; “Cavaco”, en *O Cabrião*, nº 1, Typ. Imperial, S. P., 1866, p.2. [volver al texto](#)

(15) Nestor Goulart Reis Filho, *Arquitetura Residencial Brasileira no Século XIX*, manuscrito, pp. 14-15. [volver al texto](#)

(16) Nestor Goulart Reis Filho, *op. cit.*, p. 8. [volver al texto](#)

(17) E. Viotti da Costa, *op. cit.*, p. 104. [volver al texto](#)

(18) Jean-Michel Massa, *A Juventude de Machado de Assis*, R. J., E. Civilização Brasileira, 1971, pp. 265, 435, 568. [volver al texto](#)

(19) S. Romero, *Ensaio de Crítica Parlamentar*, R. J., Moreira, Maximino & Cía., 1983, p. 15. [volver al texto](#)

(20) Respecto de las razones de esta inercia véase Celso Furtado, *Formação econômica do Brasil*, S. P., Companhia Editora Nacional, 1971. [volver al texto](#)

(21) Para una construcción rigurosa del problema ideológico brasileiro, en una línea algo diferente, ver Paula Beiguelman, *Teoria e Ação no Pensamento abolicionista*, vol. I de Formação Política do Brasil, S. P., Livraria Pioneira Ed., 1967, donde hay varias citas que parecen provenir de una novela rusa. Por ejemplo la siguiente, de Pereira Barreto: “Por un lado están los abolicionistas, apoyados en el sentimentalismo retórico y armados de la metafísica revolucionaria, corriendo tras tipos abstractos para realizarlos en fórmulas sociales; por el otro están los labradores, mudos y humillados, en la actitud de quien se reconoce culpable o medita una venganza imposible”. Pereira Barreto es un defensor de una agricultura científica -es un progresista del café- y en este sentido cree que la abolición debe ser efecto automático del progreso agrícola. Además de que entiende que los negros son una raza inferior y que es una desgracia depender de ellos. *Op. cit.*, p. 159. [volver al texto](#)

(22) Antonio Cândido propone algunas ideas en este sentido. Busca distinguir un linaje “malandra” en nuestra literatura. Ver su

“Dialética da malandragem”. También los párrafos sobre la Antropofagia en la “Digressão Sentimental sobre Oswald de Andrade”, en *Vários escritos*, S.P., Livraria duas Cidades, 1970, pp. 84 y siguientes.